

1

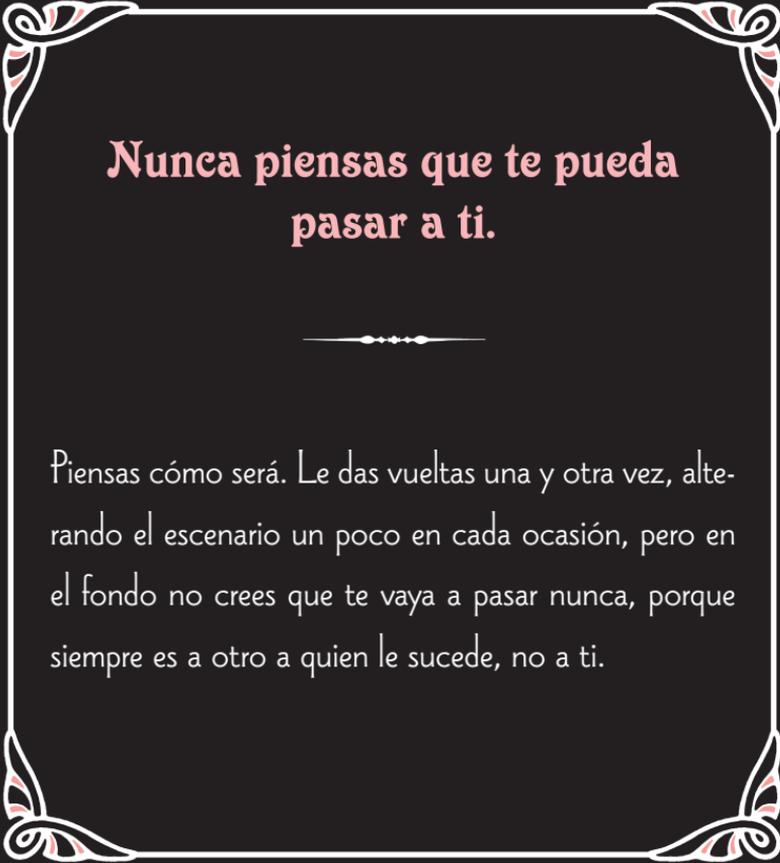


¿Alguna vez te has
sentido invisible?



*Que hablen mal de uno es terrible.
Pero es peor que no lo hagan en absoluto.*
-Oscar Wilde





**Nunca piensas que te pueda
pasar a ti.**

Piensas cómo será. Le das vueltas una y otra vez, alterando el escenario un poco en cada ocasión, pero en el fondo no crees que te vaya a pasar nunca, porque siempre es a otro a quien le sucede, no a ti.

harlotte Usher cruzó con paso decidido el estacionamiento rumbo a la puerta principal de Hawthorne High, repitiéndose su mantra positivo: “Este año es diferente. Éste es mi año”. En lugar de permanecer grabada para siempre en la memoria de sus compañeros de escuela como la chica que sólo ocupaba espacio, la ocupasillas, la que succionaba ese aire tanpreciado al que bien podía haberse dado otra utilidad mucho más provechosa, este año empezaría con otro pie, un pie calzado con los zapatos más exclusivos y más incómodos que el dinero puede comprar.

Había desperdiciado el año anterior sintiéndose como la hijastra no deseada del alumnado de Hawthorne High, y no tenía la menor intención de darse por vencida. Este año, el primer día de clases iba a ser el primer día de su nueva vida.

Al acercarse a la escalera de la entrada, contempló cómo destellaban contra las puertas los últimos flashes de las cámaras de los reporteros del anuario de la escuela mientras Petula



Kensington y su pandilla entraban, altivas, en el vestíbulo. Siempre llegaban al último y luego succionaban a los demás tras ellas, en una especie de ventosa de popularidad. Su entrada marcaba el inicio oficial del curso. Y Charlotte estaba sola allí afuera y empezaba con retraso. Como siempre. Hasta entonces.

El encargado de la puerta asomó la cabeza y echó un vistazo por si faltaba alguien por entrar. No había nadie. Bueno, sí había alguien pero, como siempre, no se percató de Charlotte, que apresuró el paso cuando él empezó a cerrar la gigantesca puerta metálica. A ella le pareció la de la bóveda de seguridad de un banco. Pero sin dejarse intimidar, por primera vez, Charlotte llegó a las puertas a tiempo de colar en el resquicio la punta de su zapato nuevo y evitar que se cerraran totalmente.

—Perdona, no te había visto —murmuró el vigilante con indiferencia.

Nadie la veía, lo cual era de esperarse, pero por lo menos había logrado cierto reconocimiento y una disculpa. Al parecer, su “plan de popularidad”, una larga lista que había confeccionado meticulosamente con el fin de atrapar al objeto de su deseo, Damen Dylan, empezaba a funcionar.

Al igual que muchos otros en su situación, Charlotte había pasado el verano entero trabajando; sin embargo, a diferencia de la mayoría, ella había estado trabajando para sí. Se había dedicado en cuerpo y alma a estudiar el anuario del año anterior, casi como si su vida dependiera de ello.

Había estudiado a Petula, la chica más popular de la escuela, y a las dos adulatoras que eran sus mejores amigas, las Wendys —Wendy Anderson y Wendy Thomas—, del mismo modo





que algunas fans estudian a su famoso preferido. Quería que todo le saliera a la perfección. Justo como a ellas.

Se dirigió confiada al primer destino marcado en su agenda: la hoja de inscripción para las pruebas de animadora. Animadora. La hermandad más cotizada y exclusiva de todas las hermandades femeninas, el boleto dorado para lograr no sólo que se fijaran en ella sino que la envidiaran. Charlotte agarró el viejo bolígrafo que pendía de la pizarra de anuncios colgado de un cordel deshilachado remendado con cinta adhesiva de papel, y se dispuso a inscribir su nombre en el último recuadro que quedaba en blanco.

No había terminado de escribir la C, cuando sintió unos bruscos golpecitos en el hombro. Charlotte dejó de escribir y se giró para ver quién osaba interrumpir su primera tarea del día o, mejor dicho, la primera tarea de su nueva vida, y vio una fila de chicas que habían *acampado* toda la noche para inscribirse. Más que para una prueba parecía que estaban allí para un casting.

La chica de los golpecitos la miró de arriba a abajo, le arrebató el bolígrafo y de un plumazo inscribió su nombre y tachó el de Charlotte. Luego abrió la mano y dejó que el bolígrafo cayera libremente cuan largo era el cordel del que pendía.

Charlotte contempló cómo el bolígrafo se mecía contra la pared como un ahorcado.

Mientras se alejaba, escuchó a sus espaldas las risitas de la jauría de aspirantes a animadoras. Charlotte ya había experimentado antes esa clase de crueldad, tanto en su cara como a sus espaldas, y siempre había tratado que no le afectara lo que los demás pensaban o decían de ella. Pero ni maquillada había conseguido dotarse de una piel tan gruesa como para soportar la peor de las humillaciones.





Se sacudió su malestar, decidida a no perder los nervios ni su dignidad. Consultó la agenda y murmuró para sí: “Asignación de lockers”. Lo tachó de la lista y se dirigió a toda prisa hacia su siguiente destino.

Mientras caminaba, por su mente pasaba a toda velocidad el itinerario que había seguido aquel verano. Para ser francos, debía reconocer que había hecho un esfuerzo desmesurado en su intento por lograr que él se fijara en ella. Se diría que se había pasado, y mucho. No es que hubiera recurrido al bisturí, no, la cosa no llegaba a tanto, pero el cabello, la dieta, el guardarropa, la preparación y el estilismo habían consumido todas sus vacaciones. A final de cuentas, se estaba dando una oportunidad, y con todo lo dicho y hecho, ¿qué daño podía hacerle una gigantesca dosis de autosuperación?

Naturalmente, sabía que aquello era casi... bueno, que *todo* era superficial, pero ¿y qué? Si su vida hasta ahora servía de ejemplo, era evidente que, de todas formas, aquella historia acerca de la belleza interior no era más que una bobada. La “belleza interior” no sirve para que te inviten a las mejores fiestas con la gente bonita. Y está claro que no sirve para que Damen Dylan te invite al baile de otoño.

Definitivamente, Damen era la prioridad, y las fechas más importantes, como ahora era la del baile, siempre lograban motivar a Charlotte. La vida es una sucesión de decisiones, y ella había hecho la suya.

Justificaba su evolución hacia la superficialidad diciendo que se trataba de una medida estratégica. Desde su punto de vista, sólo había dos maneras de tener acceso a Damen. Una era a través de Petula y su pandilla. Pero dada la reputación de Charlotte, o





más bien la falta de una, las probabilidades eran bastante escasas. Aquellas chicas siempre habían sido populares. Y lo iban a ser siempre. Es más, la esencia misma de la popularidad radicaba en su cualidad de inalcanzable. No era algo por lo que uno pudiera optar o que se pudiera lograr. Era algo que a uno simplemente le otorgaban; cómo o quién, pensó Charlotte, era todo un misterio.

Pero —y aquí era donde el plan de actuación de Charlotte adquiriría matices más sutiles—, si lograba un *aspecto* suficientemente parecido al de Petula y las Wendys, si lograba *actuar* de forma similar a ellas, *pensar* como ellas, “encajar” con la gente con la que Damen encajaba, tal vez entonces tuviera alguna posibilidad. Había muchas razones por las que valía la pena cambiar de aspecto, y ella pensaba que hasta ahí lo había logrado.

Esto la llevaba a la otra manera de acceder a Damen. La mejor de las dos opciones. La que ella prefería: evitar totalmente a las chicas y acercarse a Damen directamente. Se trataba de una jugada arriesgada, sin lugar a dudas, puesto que a ella eso de conquistar no le salía muy bien. El cambio de apariencia era el primer paso necesario, pero la siguiente fase determinaría el éxito o el fracaso. Se había apuntado a todas las clases a las que estaba segura de que él asistiría, y había planeado rondar su locker, el cual tenía intenciones de localizar en ese momento.

Como los demás, Damen nunca le había prestado la menor atención a Charlotte, y era poco probable que un poco de maquillaje y un alisado profesional fueran a cambiar su actitud. Aun así, Charlotte no perdía la esperanza. La esperanza de que si lograba pasar un tiempo valioso con él, sobre todo ahora que había mejorado su aspecto exterior, la cosa saldría bien.





Y no era sólo que se hiciera ilusiones, se trataba de una conclusión a la que Charlotte había llegado después de observar a Damen detenidamente. En los centenares de fotografías que le había tomado a escondidas a lo largo de varios años, Charlotte creía haber detectado, por qué no decirlo, cierta decencia en él. Estaba en sus ojos, en su sonrisa.

Damen era imponente y atlético y se comportaba como puede esperarse de un auténtico guapo, es decir, con superioridad, aunque sin dejar de ser agradable. No era de sorprender que fuera esa decencia el rasgo de Damen que menos le gustaba a Petula. Quizá era la cualidad que más detestaba por tratarse precisamente de aquella de la que más carecían ella y todas sus amigas.

Con la risa de las candidatas a animadoras resonando todavía en sus oídos, rumbo al gimnasio Charlotte deseó con todas sus ganas que la suerte se pusiera de su parte. Las asignaciones de los lockers estaban expuestas en la doble puerta, y Charlotte se dirigió directamente hacia ellas. Recorrió despacio con el dedo la columna de nombres acomodados por orden alfabético en la hoja de la P a la Z, echando un vistazo a los números correspondientes mientras buscaba el suyo.

Todos los nombres le eran familiares; eran compañeros con los que había crecido, a los que conocía desde preescolar, primaria o secundaria. Sus rostros se encendieron y apagaron sucesivamente en su cabeza, como diapositivas. Luego llegó a su nombre: “USHER, CHARLES. LOCKER 7”.

“¡Siete! ¡Número de buena suerte!”, se dijo, interpretándolo como un buen augurio. “Además es un número bíblico”. Buscó en su mochila y sacó un lápiz, lo devolvió al interior y tomó un





bolígrafo. Corrigió su nombre con tinta indeleble de “Charles” a “Charlotte”. No quería ningún error, y menos en este día.

Otra inspección deslizando el dedo por la lista le reveló que el locker de Damen estaba en el otro extremo del edificio. Se dirigió hacia el suyo, dándose ánimos mentalmente.

“No pasa nada”, se consoló Charlotte, que probó la combinación de su candado un par de veces, abriendo y cerrando la puerta de su locker en cada ocasión, antes de ir a buscar el de Damen.

Continuó andando y hablando para sí, mientras gesticulaba como una actriz que ensaya un monólogo, y de repente sintió como si se ahogara.

Preocupada, notó que había llegado a la pasarela, la cual estaba llena de fumadores que daban una última calada antes de la clase. La exhalación sincronizada de monóxido de carbono producía una densa niebla irritante, y ya era demasiado tarde para contener la respiración, así que aceleró el paso. Las conversaciones fueron apagándose una a una al paso de Charlotte; las colillas, extinguidas en vasos de café extragrandes o pisoteadas en el cemento mientras las últimas espirales de humo se elevaban en torno de ella.

Cuando hubo dejado atrás la neblina y se acercaba a las puertas del extremo opuesto de la pasarela, Charlotte vio cómo un puñado de estudiantes se arremolinaba y retrocedía por el corredor, igual que cazadores de autógrafos ante la puerta de la entrada de artistas de una representación que acaba de colgar el cartel de “localidades agotadas”.

—¡Damen! —exhaló sobrecogida.

Por encima de la multitud no pudo divisar más que su espesa y hermosa cabellera, pero era todo lo que necesitaba ver. Estaba



segura de que era *su* pelo. Ni espuma para peinar ni cera ni crema ni gomina, gel, champú de volumen o rastro alguno de metrosexualidad. Nada más una imponente cabeza de pelo ondulado. Sin perder de vista a su presa, Charlotte echó a andar con aquella insólita modalidad desesperada de paso atropellado que ya había empleado esa mañana para llegar a la parada del autobús, y se precipitó jadeando hacia el locker contiguo al de él. Llegó un instante antes que Damen y su multitud de adoradores, que había abierto una brecha para dejarlo pasar.

Hacía mucho que no estaba tan cerca de él, y aquello le afectó más de lo que creía. Lo había visto, al menos en fotos, durante todo el verano, pero ahora lo tenía allí, en persona.

Se sentía deslumbrada. Al aproximarse, la muchedumbre se cerró en torno a él. Cuanto más cerca lo tenía, menos lograba ver. Se internó en el tumulto que lo rodeaba, tratando de acercarse un poco más, pero a cada intento acababa asfixiada por la vorágine. Así, en su primer día, Charlotte se descubrió ocupando una posición de sobra familiar: en el exterior, mirando hacia dentro.

